

Daniel Lesmes, *Aburrimiento y capitalismo. En la escena revolucionaria: París, 1830-1848*, Valencia, Pre-Textos, 2018, 284 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.LVIII-LX>

Recordemos: si no existiera Dios habría que inventarlo. Y cuando Dios desaparece incluso como invención, nos aburrimos. Es muy probable que por la misma razón un joven Héctor Murena escribiera a finales de 1950: «Hoy quisiera que algo terrible se precipitara sobre mí [...] que me acontezca algo grave [...] cualquier cosa, cualquier cosa que impida el acaecer previsible». El escritor argentino describe el malestar por sufrir un tiempo sin articulaciones, ese infierno del presente perpetuo que en alemán se dice *Langeweile* (rato largo). Dicha sensación, aunque secular, es esgrimida como definitoria de una generación —en concreto de la producción cultural específica localizable en una franja concreta de espacio y tiempo— y, como tal, tratada en el presente libro, colocándola además como pareja dialéctica en el funcionamiento de la mecánica capitalista. A través de un marco construido con los 18 años que median entre las revoluciones burguesas de la Francia decimonónica, el ensayista imbrica buena parte de la producción artística surgida en ese lapso con un periodo señero en la historia del capitalismo, un periodo en el que dicho sistema empieza a afianzarse como único e indiscutible a propósito de las formas de producción de bienes.

Daniel Lesmes toma el testigo de George Steiner en *En el castillo de Barba Azul* para desarrollar su teoría sobre lo que considera uno de los principios activos del capitalismo moderno. En su libro, Steiner sostiene la tesis de que las guerras mundiales fueron debidas a la energía acumulada en casi cien años de relativa paz en Europa, al aburrimiento, en fin, de una población que no conoció la existencia tumultuosa de sus padres. El grito, el temblor, la risa, la ira, el espasmo son reclamados desesperadamente cuando el aburrimiento nos embarga. Sin embargo, la modernidad que sufre esta dolencia desconoce la estructura de las revoluciones que la han formado. La promesa del Espíritu, planteada por el cristianismo en sus orígenes se funda en la promesa de la historia. Es por ello por lo que, antes de Cristo, mientras lo divino está en la *physis* se sufre el desajuste entre lo humano y la vida, hasta que aparece el Espíritu prometiendo un mundo distinto a lo físico. Como Lesmes demostrará, esta promesa supone la existencia de un espacio

inexplorado, tal es el origen de la historia: desde la proyección y su mirada al porvenir se da sentido (dirección) a lo acaecido. Si «mi reino no es de este mundo» existe entonces otro ámbito, el de la historia. Las anteriores son premisas que el filósofo José Luis Villacañas añade a las del autor en un prólogo que, por su peso conceptual y función de fundamento, merece que se lo tome como un capítulo más del libro.

El aburrimiento sería entonces la contrapartida del Espíritu a lo largo de los últimos 2000 años; funcionaría como polo contrario que se cumple en toda su potencia cuando desaparece por completo el Espíritu en el siglo XIX. De esta manera llegamos a la formulación benjaminiana de «aburrimiento como umbral de grandes hechos» (180), intento definitorio de las dos décadas en las que se focaliza la investigación. Porque, aclara Lesmes, para Walter Benjamin hasta la cristalización del capitalismo industrial la acedia aún no es el *ennui* de Baudelaire o, lo que es lo mismo, el *taedium vitae* todavía difiere del aburrimiento (al menos, en la acepción que defiende Daniel Lesmes, ese que inaugura con Baudelaire la modernidad literaria y su propio conjunto conceptual: racionalización moral, productividad, literatura o capitalismo). Alcanzar este escalón requiere un sistema de producción encadenado, con trabajadores apostados en un único punto replicando un solo movimiento durante toda la jornada; y es necesaria por igual una población que se vea ciudadana en tanto consumidora de lo producido en la fábrica. El autor lo deja muy claro recurriendo a Theodor W. Adorno: lo «nuevo» difiere de la «novedad», mantiene la pureza de una vivencia epifánica que nos extraña del tiempo, mientras que la novedad late con la complicidad del reloj, objeto ya asequible para muchos (según Marx «el reloj está en la base de toda la teoría de la producción del movimiento uniformal» [150]). Por un lado, la avidez de novedad del ciudadano (del consumidor) torna en imperativo para ser moderno; por otro, este sujeto topa con la rutina, lo monótono. Cuando la novedad comparece constantemente, se convierte en más de lo mismo y la *Langeweile* permanece atenazándonos; hasta el observador —a la sazón el ubicuo *flâneur*, si queremos— pasa por un mero consumidor. Una atmósfera venal lo tiñe todo, nadie puede ya representar lo sagrado, ningún pintor, «de tal manera que un Cristo salido de su mano no podía ya sino parecer un empresario atosigado por sus acreedores (Heine)» (260).

Si Lesmes empieza su ensayo invocando a George Steiner, lo concluye disintiendo del maestro en una última valoración. Cierto: algo que puede calificarse como aburrimiento es tan antiguo como la costumbre de calificar. Steiner apunta al término hebreo *Yēšer* que puede significar tanto naturaleza como libertad o libre albedrío, en cuanto no tener un sentido determinado; y

el pecado, según la paulatina elaboración de los Padres de la Iglesia, se relaciona directamente con esta noción. Pero la idea de pecado según la patristica sirve de apoyo al autor para distanciarse de las tesis de Steiner, quien, insistimos, sentencia como culpable de las desgracias del siglo XX, y quizá de las que están por venir, al *ennui* macerado del XIX. Para Lesmes, y esta es una de las apuestas fuertes de la obra, la acidia, el *ennui* o el aburrimiento implican un conjunto de fuerzas que reclaman (desean) dar forma, «modelar de una u otra manera, ni para bien ni para mal, puesto que esta inclinación siempre es doble, *diaboulion*» (277). En otras palabras: libertad. Es en su carácter equívoco donde palpita tanto la desesperación como el optimismo. Con ese cierre el ensayo brinda la posibilidad de encontrar una faceta luminosa (constructiva y esperanzadora) en la impronta diabólica (indefinida, sin posibilidad de síntesis). Así, se concluye ejemplificando la plausibilidad de su tesis con la lírica trovadoresca, expresión donde el «odio radical» (*esse in odium*, origen de *ennui*) muta a la construcción de un objeto de amor inaccesible por definición, «amor que solo se da en la medida en que sacrifica lo amado» (278). El lector comprobará cómo la argumentación de Lesmes termina aludiendo a otro título de George Steiner, *Presencias reales*, recordando la potencia moral (religiosa, diría Benjamin) del propio capitalismo y las evidentes consecuencias veladas que vivimos diariamente mediante la producción de deseo.

Más que completar, los dibujos incluidos de Grandville, Daumier o Maurisset; las pinturas de Delacroix; los daguerrotipos del mismo Daguerre ilustran y dialogan con el texto en el trayecto parcelado en los tres bloques que componen este libro. Por otro lado, extraña sobremanera la falta de un apartado para la bibliografía de las obras consultadas, área golosa para muchos lectores de esta clase de producciones. *Capitalismo y aburrimiento* aparece como un libro necesario, tanto por la perspectiva planteada como por la finura (y osadía) en el trazo de las interpretaciones de imágenes y textos literarios que, por momentos, brindan insinuantes pliegues que invitan a nuevas investigaciones.

DANIEL SANTANA HERNÁNDEZ
Investigador independiente
dasandez77@gmail.com